

APUNTES PARA JULIA

Las nueve de la noche. Julia levantó la cabeza y sus ojos cansados se entrecerraron por el contraste de una tímida luz crepuscular que jugaba con el cristal de su ventana. El verano ya casi estaba aquí; al menos eso le mostraba el manoseado calendario sobre su mesa.

Cinco días. Solo cinco. El horizonte que la separaba de la libertad. La longitud de la cuerda que la ataba a esa mesa. El peso de la montaña de papeles que cargaba en sus tripas...

“Un par de temas más y lo dejo por hoy”. Ya había dado una vuelta al temario, pero sus planes incluían dos más: Una completa, de repaso de contenidos y otra, más rápida, revisando esquemas.

Se sentía satisfecha. Hubo un momento en el que se planteó si sería capaz de hacerlo. Ochenta y seis temas para un examen oral de una hora. Cuatro temas. Quince minutos... Una vida.

Esos últimos días los había sentido largos, pegajosos, solitarios... Pero también cortos, etéreos, esperanzadores... Es curioso el universo del opositor. No existe razón de ser más sencilla. Sin embargo, el esfuerzo necesario va abriendo una brecha espacio-temporal bajo la luz de un flexo. Se trataría, quizá, de una realidad alternativa donde uno vive luchando contra un reloj que siempre marca la misma hora lejanamente cercana. Tictac, tictac... Un presente continuo en el futuro anhelado.

Derecho administrativo, presupuestario, tributario... Frases subrayadas con el lápiz bicolor que mantenía en su campo visual, más por seguridad que por necesidad, (disculpen estas pequeñas manías de opositor).

Ese océano de versos numerados en código podría convertirse dentro de poco en su mantra de rutina laboral. Quizá el cansancio y la intensidad la estaban afectando más de lo que creía, pues ya era capaz de encontrar la belleza escondida en esa forma de expresar los derechos y deberes fundamentales.

Y todo ello para pertenecer a un cuerpo y tal vez a un alma, como si hasta entonces solo hubiera sido un ser espiritual. Así recordó la primera vez que alguien le habló del cuerpo de Interventores y Auditores del Estado. ¿De qué iba aquello? ¿Una especie de Inspección de Hacienda, pero centrada en el gasto público? ¿Una suerte de agente de “asuntos internos” de la Administración? Lo cierto es que ninguna de esas confusas

aproximaciones dejaba vislumbrar los matices del trabajo de un Interventor. El perfil universitario de Julia le había mostrado un paisaje vasto y generalista que dibujaba ambas esferas, jurídica y económica, como diagramas de Venn: inclusión de conceptos, disyunción de efectos, intersección de realidades.

Fue una amiga la que la invitó a conocer esa profesión.

- ¿Te gusta la contabilidad?, le preguntó- Pues podías estudiarte la oposición de Interventores. Mi madre trabaja en la IGAE, ya sabes...- Pues, no. No sabía.

- ¿Qué es eso del... IGAE?

- Ja, ja, ja...- Julia se sonrojó avergonzada frente a las carcajadas de su amiga que, un poco más sosegada, le reveló el nombre como si de un conjuro se tratara:

- La Intervención General de la Administración del Estado. Mi madre trabaja allí, en la Oficina Nacional de Auditoría.

A Julia todo aquello se le antojaba totalmente ajeno, pero le picó la curiosidad. ¿Controles? ¿Qué tipo de controles? Aquella misma tarde se dedicó a investigar en internet sobre las funciones de la IGAE. Resulta que además de las actuaciones de control, tenía responsabilidades relacionadas con la contabilidad pública, la elaboración de los presupuestos generales del Estado...

Tras un vistazo rápido, le parecía increíble no haber escuchado hablar antes de esa Institución, tal vez menos mediática que otras de mayor referencia social por lo que afecta a la cartera de los ciudadanos como, por ejemplo, la inspección de Hacienda, pero pensó que era más esencial y profundo velar por la legalidad, con el mismo espíritu que velaban las armas los caballeros medievales...

Julia dio un respingo. “¡Vaya! Diez minutos de divagación mental... Ahora mismo no puedo permitirme esos lujos... A ver, por dónde iba... ¡Ah, sí! Los fondos de compensación interterritorial...” Como buena opositora, su capacidad de concentración le permitió volver al tema con la naturalidad de una exhalación escasamente más larga de lo habitual.

Al cabo de unos minutos, un sonido sutil la sacó de nuevo de su concentración. Apenas un susurro. El sollozo de una brisa que traía recuerdos. Fue un pensamiento fugaz. No sabía muy bien por qué le había venido esa imagen a la mente. Quizá buscaba evadirse de las columnas de papel que cercaban sus ansias de volar. Esperó unos segundos y

escuchó de nuevo con atención... Nada. Esa tarde estaba sola en casa, pero, aun así, le gustaba tener la puerta cerrada para mantener la concentración. Seguramente serían imaginaciones generadas por unas ganas incontenibles de acabar de una vez con todo aquello. Sin embargo, cuando ya había vuelto a fijar la vista en el folio que tenía delante, algo le hizo corregir el rumbo de su atención y su mirada se dirigió a la parte inferior de su puerta. Entonces... la vio. Su corazón dio un brinco. Allí, en el suelo, justo en la entrada a su habitación, había un sobre blanco sin ninguna inscripción. Le costó levantarse de su silla. Parecía como si de repente se hubiera trasladado a Júpiter y la gravedad la aplastara. Sintiendo cómo se incrementaba el ritmo de su corazón, cogió su móvil y marcó el 112. Mejor prevenir. Escuchando los primeros tonos de llamada, respiró profundamente y giró el pomo de su puerta. "Acabemos de una vez", pensó. Abrió y salió al pasillo girando rauda la cabeza a ambos lados. El sol ya se había ocultado del todo y la oscuridad era total. Aunque encendió la luz lo más rápido que pudo, no pudo contener un grito cuando, al mismo tiempo que su vista devoraba el espacio vacío, una voz al otro lado del teléfono olvidado respondió:

- Emergencias. ¿En qué podemos ayudarle? - Ufff... Casi se le sale el corazón por la boca.

- Disculpe. Ha sido una falsa alarma. - En ese momento sentía más vergüenza que miedo...

Recorrió la casa en menos de un minuto. Era un piso pequeño, sin muchos recovecos en los que uno pudiera esconderse. Estaba claro que allí no había nadie más que ella.

Volvió a su habitación y recogió la carta del suelo. No sabía muy bien si sentirse reconfortada al encontrársela de nuevo en el mismo sitio. Casi le hubiera gustado que se tratase de una alucinación producto del agotamiento y de su fructífera imaginación, relegada ya demasiado tiempo al derecho positivo. Acarició el sobre con sus dedos. Su tacto era rugoso, como una de esas invitaciones de boda que últimamente le habían llovido en los pocos momentos en que había podido compartir un rato de ocio con sus amigos. Se alegraba por ellos, pero resultaba un poco frustrante ver cómo la gente a su alrededor avanzaba en sus vidas, mientras que ella parecía vivir en el día de la marmota, comprimiendo su esencia en un espacio chiquitito como la lámpara del genio de Aladino.

Le dio la vuelta al sobre. Nada. Ni un nombre, ni una dirección... Ninguna pista que pudiera anticipar lo que se iba a encontrar dentro. No estaba cerrado. Levantó la solapa y extrajo la hoja que había dentro; tenía el mismo tacto. Fugazmente deseó que no fuera

una invitación para otra boda. Y, no. No lo era. En ella sólo había escrita una palabra: IRIS.

¿Iris? ¿Qué significaba aquello? Quizá su abuela tenía razón y tanto estudiar le estaba afectando a la cabeza...

Girando la cuartilla y comprobando que no había nada más escrito en ella, se dejó caer en la silla.

“¿Cómo se supone que voy a seguir estudiando ahora?” ... De pronto, un escalofrío le recorrió la espalda. “Espera...” ¿Podía referirse a lo que estaba pensando?

Cogió su móvil y buscó esa palabra en Google. Los primeros resultados eran obvios: definición de la RAE, Wikipedia, anatomía, óptica... Pero, casi al final de la página, aparecía un enlace a la página del Ministerio de Hacienda. IRIS era una aplicación informática de la IGAE para centralizar el envío y devolución de expedientes administrativos al objeto de someterlos a la función interventora.

¡Claro! ¡De eso le sonaba! Se hacía referencia a ello en el tema 23 de Derecho Presupuestario y Sistemas de Control y Contabilidad Pública. Sonrió orgullosa. Parecía que no iba tan mal después de todo... Decidió seguir investigando un poco más...

Resultó que también daba nombre a la Diosa del Arcoíris; la encargada de hacer llegar los mensajes de los dioses a los hombres, anunciando el final de la tormenta. Curiosa analogía. Se imaginó a una mujer con una corona de laurel sobre su hermosa melena multicolor, sentada en un trono de oro y separando expedientes de gasto con su báculo en forma de flor. A la derecha los fiscalizados de conformidad y a la izquierda los que tenían reparos. Je, je... Se notaba que su hemisferio derecho pugnaba por aportar alguna nota creativa al rigor del control interno. Quizá el equipo que diseñó la aplicación pensó precisamente en eso a la hora de decidir su nombre: Una especie de divinidad electrónica para unir a interventores y gestores...

A pesar de lo extraño de los acontecimientos de aquella noche, prefirió no decir nada a sus padres ni a su hermano. Bastante tenían ya con aguantar el mal carácter y las manías de una opositora al borde del último oral...

Estudió una hora más, cenó sin muchas ganas y se acostó intentando descansar lo máximo posible. Sin embargo, durmió regular. Soñó con sacos llenos de cartas que la acechaban como aterradores aludes de nieve. Intentaba nadar entre hojas con

mensajes extraños, pero el papel se enredaba a su alrededor, tratando de engullirla. Cuando estaba a punto de desaparecer en una espiral névea, se despertó con un grito...

Se incorporó empapada en sudor y encendió la lámpara de su mesilla. El corazón le latía a mil por hora. Oyó los pasos de su madre acercándose por el pasillo. Siempre había tenido un sueño muy ligero cuando se trataba de atenderla a ella o a su hermano en plena noche. Quizá era algo inherente a las madres; eso aún no lo sabía...

- ¿Estás bien, cariño? - le preguntó con los ojos medio cerrados.

- Sí, mamá. Ha sido solo una pesadilla. Gracias.

O al menos, eso esperaba. Instintivamente miró a su mesa de estudio y allí estaba el sobre con la carta que había recibido hacía apenas unas horas. Se estremeció. Le iba a costar volver a conciliar el sueño...

Otro día más... O quizá otro día menos. El caso es que Julia estaba en el mismo sitio de siempre, con el mismo lápiz bicolor y el mismo cronómetro, repasando otro tema de sus columnas de Hércules. Lo bueno es que ya no pensaba en sobres o dioses del Olimpo. Ahora le tocaba el control financiero de subvenciones y ninguna distracción iba a conseguir apartarla de su objetivo... O eso pensaba ella.

“¡Bip!”. Dio un respingo en la silla. “No puede ser. Tengo el móvil en modo avión...”

Buscó el aparato en el primer cajón de su escritorio. Lo desbloqueó y, comprobó en la barra de estado que el modo continuaba activado.

“¿Cómo es posible?”, pensó. Abrió el WhatsApp y comprobó que tenía un mensaje de un número desconocido. Al principio creyó que sería uno de esos fraudes que últimamente se comentaban en las redes, pero, al fijarse en las primeras palabras, se quedó más pálida aún de lo que ya estaba...

“Hola, Julia. Soy Iris...”

Empezaba a dudar de su salud mental... Quizá sería conveniente consultar con un psicólogo... O con un hacker informático.

Temblorosa, abrió el mensaje.

“Hola, Julia. Soy Iris. ¿Estás en equilibrio?”

Nada tenía sentido. ¡Pues claro que no estaba en equilibrio! Desde la tarde anterior había recibido una carta por debajo de su puerta sin que hubiera nadie más en casa.

Había soñado con papeles que la ahogaban y ahora recibía un mensaje “divino” en su móvil en modo avión.

Metió el dispositivo de nuevo en el cajón y lo cerró con rabia. Empezaba a estar harta de todo aquello. Necesitaba concentración y paz interior.

Se zambulló de lleno en el control financiero... Pero no habían trascurrido ni cinco minutos cuando el cajón le devolvió su ira con estridencia... ¡¡Bipp!!

Resoplando, se cubrió la cara con las manos. “¿No podrías dejarme estudiar en paz? ¡Esto es muy importante para mí!”

Notó que las lágrimas pugnaban por escapar del férreo control de su voluntad. Estaba al borde de la desesperación.

“Bueno... Acabemos con esto”. Abrió el cajón y leyó el mensaje.

“¿Acaso estás en déficit? Dios mío... Espero que no. ¡Eso sería un auténtico desastre para tu estabilidad!”

No fue del todo consciente de las veces que leyó esas palabras. “Esto tiene que ser una broma pesada”, pensó.

Respiró hondo, cerró los ojos y empezó a escribir:

“¿Quién eres?”

Tras unos impertinentes segundos de espera, pudo ver cómo el estado “en línea” pasó a “escribiendo...”

“Ya te lo he dicho. Soy Iris. Creo que ayer te llegó tu primer expediente con mi nombre. Disculpa la rudeza de enviártelo así, sin número de expediente del gestor, documento contable ni demás requisitos básicos, pero es que estoy de pruebas.”

No se lo podía creer. ¿Quién podría ser capaz de concentrar su esfuerzo en hacerle dudar de su propia realidad? Un momento... Se trata de alguien que conoce el trabajo de intervención... ¿No podría ser algún otro opositor intentando sabotearla? Repasó mentalmente las caras que recordaba del quinto examen... No. No se podía imaginar a nadie en su sano juicio dedicándose a mandar mensajes a sus contrincantes... ¿o sí?

Decidió seguirle el juego.

“¿Qué tipo de pruebas?”, escribió.

“¡Uy, qué despiste! Disculpa de nuevo. Hoy no es mi mejor día como transmisora electrónica... Te he elegido como mi interventora potencial. Es un concepto que combina trabajo e ilusión, ¿no crees? Lo he creado yo misma.”

Sin palabras. Esto ya superaba cualquier intento de sabotaje o de mero chiste telefónico. No obstante, ya que había llegado hasta ahí, no podía echarse ahora atrás...

“¿Y por qué me elegiste a mí?”

... Escribiendo...

“¿Y por qué no? Eres una elección aleatoria.”

¡Vaya! Dicho así casi se sentía decepcionada. Después de la experiencia cuasi mágica que acababa de vivir, relegarla a un mero suceso probabilístico la dejaba bastante fría. No sabía qué responder a eso. Quizá fuera mejor no seguir escribiendo... Sin embargo, Iris parecía no darse por vencida.

... Escribiendo...

“Te repito la pregunta, Julia. ¿Estás en equilibrio?”

Mmmm... De repente, en su mente se iluminó una imagen. Sonrió traviesa. Repasó el programa del temario acariciando las páginas con el dedo índice, una por una... de arriba abajo... tomándose su tiempo...

“Sí, Iris, estoy en equilibrio. Ahora mismo he repasado el mismo número de temas, que los que me faltan por revisar.”

“¡Bravo, Julia! Gracias por la información. Has sido de mucha ayuda. Volveremos a hablar pronto.”

Después de aquella extraña conversación, le costó un poco retomar el estudio. Se sentía agitada. De algún modo, aquel encuentro telemático, a pesar de ser producto del azar, la había hecho sentirse especial. Ella, una interventora potencial...je, je... “Esperemos que finalmente la potencia se convierta en realidad”, pensó.

Los siguientes días pasaron sin sobresaltos. Aun así, y a pesar de su férrea voluntad, debía confesar que en varias ocasiones había sacado su móvil del cajón para comprobar si tenía algún mensaje de Iris. Aunque la inexistencia de comunicación por su parte le suponía una pequeña desazón, le reconfortaba sorprendentemente comprobar que la

última vez que su mensajera electrónica había tenido actividad, había sido precisamente durante la conversación entre ambas.

El equilibrio se convirtió en 86 temas comprobados, revisados y esquematizados. Todo repaso era poco para superar sus inseguridades. Se había esforzado mucho para estar donde estaba, pero aún faltaba el gran espectáculo final: el examen oral. Cuatro temas, quince minutos... Una vida.

Y, por fin, llegó el momento. Esa tarde estaban convocados cuatro aspirantes; ella era la última. En esta ocasión el azar no había sido benévolo con la interventora potencial...

Allí estaba, sentada en un sillón de uno de los pasillos del Instituto de Estudios Fiscales, desesperando y temiendo al mismo tiempo escuchar pronunciar su nombre. Trató de repasar mentalmente los enunciados de los temas, las muletillas de los títulos y subtítulos que se había estudiado en un orden determinado para conseguir un efecto de continuidad y evitar el riesgo de quedarse en blanco. No sabía si era buena idea, pero su necesidad de no dejar nada a la suerte no le permitía mantenerse en actitud pasiva. En esas estaba cuando, visualizando el capítulo sobre los pliegos de cláusulas administrativas del tema dos de contratación, notó una vibración en el bolsillo. Sintió arder su cabeza. ¿Podría ser... ella? Desbloqueó la pantalla. Un mensaje: un misterio...

“Confía en ti, Julia. Las probabilidades de éxito, teniendo en cuenta el trabajo que has realizado son superiores al 90%. Simplemente sigue el guion.”

Allí estaba de nuevo su tábano virtual. La que en un principio había considerado como una amenaza para su estabilidad, se había convertido finalmente en su aliada. Sonrió. Había conseguido que, por un instante, el oleaje de su mar interior se calmara.

“Gracias, Iris. Así lo haré.”

Guardó el teléfono, esta vez en el bolso. No quería tener más sorpresas durante el examen, aunque se tratara de mensajes bienintencionados como aquel.

Pasaron lentamente los minutos, las horas, hasta que una voz impersonal pero energética pronunció su nombre...

- ¿Julia García?

Se levantó como un resorte. Había llegado su momento. Todo este tiempo de esfuerzo y trabajo duro iba a dar su recompensa. O al menos, así lo esperaba. Entró en la sala y

se acercó al tribunal. La presidenta sostenía la bolsa que contenía las bolas de los temas. Sus ojos sonreían. Era buena señal. Julia le sonrió también.

Cuatro temas esféricos. Introdujo la mano temblorosa en la bolsa... ¡Vaya!, dos primeros de bloque: el derecho financiero y el derecho tributario. Ahí no podría lucirse mucho. Sin embargo, le había tocado el tema del ámbito subjetivo de la Ley de Contratos y el de las potestades administrativas. No estaba mal. Una vez fijados esos cuatro, desaparecieron sorprendentemente el resto de los temas estudiados. Su universo tenía cuatro dimensiones y estaba dispuesta a recorrer cada una de ellas en 15 minutos.

Apretó sus manos, respiró hondo... Y presionó el botón del cronómetro. La hora pasó veloz. Uno tras otro, iba controlando los tiempos de cada tema. Intentaba mirar a todos los miembros del tribunal, para dar sensación de seguridad, tal y como le había recomendado su preparador. Repasaba las caras de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, haciendo siempre un descanso en los ojos sonrientes de la presidenta. Seguramente aquella mujer no era consciente de lo mucho que la estaba ayudando únicamente por prestarle esa sonrisa.

Llegaba al final del cuarto tema y vio que le sobraban unos segundos... Se concentró, bajó un poco el ritmo y... 59 minutos y 47 segundos. Trece para completar la hora... Le dio al botón y esbozó un tímido “esto es todo”.

“Muchas gracias, Julia. Ya puedes levantarte”. - Ahora no eran sus ojos los únicos que sonreían, sino que esa luz que desprendían se había extendido a todo su rostro. Se dio cuenta de que el recuerdo de aquella mujer que presidía el tribunal la acompañaría siempre.

Bueno, pues... Ya estaba hecho. Se sentía más ligera, como si de repente hubiera adelgazado diez kilos... Caminó hacia la salida. Una vez en la calle, la brisa tibia de la tarde le pareció el mejor regalo del mundo. Ya solo restaba esperar unos días. Mientras tanto... era libre.

De repente se acordó del móvil. Lo sacó ansiosa del bolso y al desbloquear la pantalla vio que tenía varios mensajes de sus familiares y amigos. Pero... ni rastro de Iris...

Pasaron los días, luminosos y extraños. Le parecía sorprendente asomarse a la calle un martes a las diez de la mañana y encontrar repletas las terrazas de los bares.... Inexorablemente, había llegado el momento de la verdad. Las notas saldrían en unos minutos. Removía nerviosa su café con la mirada fija en la pantalla del móvil,

refrescando la página del Ministerio de Hacienda una y otra vez. Aún, no... aún no... Levantó la vista para dar un descanso a sus ojos enrojecidos. Unos niños correteaban alegres por el boulevard acercándose a ella. Esas carcajadas infantiles, sencillas, sinceras, le hicieron transportarse a esas tardes de verano eternas en casa de sus abuelos. Allí donde el tiempo pasaba tan despacio que la vida parecía detenerse en cada detalle. Había conseguido distraerse un instante y, de repente... ¡bip! Un mensaje. El corazón le dio un vuelco. ¿Habrían colgado ya las notas en el tablón del Instituto? Abrió la aplicación con la respiración entrecortada... y, no os lo vais a creer, pero, sí...era ella.

“¡Enhorabuena, Julia! Tu estado ha cambiado de interventora potencial a interventora aprobada en fase de oposición.”

¿Sería cierto? Con los dedos temblorosos abrió el navegador y entró a la página donde colgaban los resultados de los procesos selectivos. ¡Sí! ¡Allí estaba el enlace! Pinchó como una exhalación, pero la página aún tardó en cargarse unos agónicos segundos. Por fin... Sistema general de acceso libre...Julia García... ¡¡¡Sííííí!!! Sin darse cuenta, se había puesto de pie y estaba dando saltos con los brazos extendidos hacia el cielo. Los niños que antes la habían hecho soñar, ahora reían observando su expresión. Ella, feliz, se unió a sus carcajadas.

¡Bip!... ¡Vaya! Parecía que fueran a felicitarla antes de que ella misma diera la noticia...

“Hola de nuevo, Julia. Ahora que se ha acabado el proceso puedo presentarme formalmente. Soy IRIS, una inteligencia artificial desarrollada por la O.I.P. (Oficina de Informática Presupuestaria), División I de Aplicaciones de Contabilidad y Control de la Intervención General de la Administración del Estado. Has sido seleccionada para formar parte de este proyecto piloto cuyo objetivo es acompañar a un opositor en su proceso selectivo. Por motivos de seguridad, no podíamos informarte hasta el final del experimento. Gracias por tu colaboración.”

Levantó la vista hacia el horizonte y se dejó caer en su silla. Respiró profundamente... ¡Bueno! Ya estaba todo aclarado... Cerró los ojos y la invadió una paz que hacía mucho tiempo que no sentía. Desgraciadamente, no duró demasiado...

¡Un momento! Un escalofrío recorrió su espalda dejándola rígida. ¿Todo aclarado? Pero... ¿cómo demonios había conseguido meter un sobre por debajo de su puerta una inteligencia artificial...?